

¿Cómo salir de los bloqueos políticos?



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

En pocas ocasiones se ha dado en España una coyuntura político-electoral que haya sido objeto de análisis y valoraciones más sesgadas y poco rigurosas como en los últimos meses.

Batallas sobre "el relato"

Se puede entender que algunos líderes políticos tengan un empeño especial en justificar sus posiciones tácticas y, en su caso, ocultar sus propósitos menos confesables. Lo que a veces se ha calificado como la batalla por "ganar el relato". Algo que lleva a destacar en exceso la cara menos positiva de la competencia política, empleando argumentaciones, descalificaciones y presentaciones bastante pobres.

Sin embargo, resulta menos comprensible encontrarnos con periodistas, tertulianos y analistas de afición que aprovechan situaciones difíciles como las actuales para lanzar inculpaciones y descalificaciones genéricas sobre los "políticos" y la "política" (en su conjunto). Política que se presenta con los tintes más inculpatorios, e incluso condenatorios, utilizando descalificaciones genéricas tan poco rigurosas y objetivas, como injustas y poco meditadas. Descalificaciones con las que intentan influir en la opinión pública en una secuencia de descalificaciones e inculpaciones que recuerda los peores climas que se provocaron en los años de entreguerras en los que ascendieron los fascismos. Algo de lo que algunos posiblemente no sean conscientes, pero que resalta la conexión directa entre la *antipolítica* y la cuna de los fascismos.

Ante panoramas tan confusos y complejos como los actuales hay que reclamar rigor en los análisis políticos, una adecuada objetividad en la interpretación y la valoración de los hechos, y seriedad en la ponderación de las alternativas y las soluciones a los problemas políticos que existan, o puedan existir. En definitiva, lo que todos debemos hacer es situarnos en las antípodas de la irresponsabilidad y la demagogia.

Los hechos

Los hechos concretos son que en España se ha bloqueado la posibilidad de gobernar al único partido que podía hacerlo (el PSOE). Lo cual no ha sido "culpa" de todos los políticos por igual, sino de aquellos que no han dado sus votos a esta posibilidad, sin poner condiciones imposibles de cumplir o que resultaran gravemente erosivas a corto y medio plazo. Por muchas excusas que quieran ponerse ese es el *hecho concreto*. Ya que no se puede dar la vuelta a un resultado electoral, pretendiendo que primen los criterios y las pretensiones de un partido o un líder minoritario, respecto al que ha sido claramente mayoritario. Algo que ha venido ocurriendo demasiadas veces en la democracia española, con el resultado de formaciones minoritarias que acaban haciendo prevalecer sus posiciones, debido al efecto decisorio de sus votos sobre la balanza política. Lo que provoca el malestar de los ciudadanos que no ven bien reflejado el sentido de sus votos y que tienen la impresión de que las papeletas de los "minoritarios" pesan más que las suyas. Lo cual es una inversión inaceptable de la lógica democrática.

Más allá de estas valoraciones y hechos concretos, lo que subyace en los problemas del bloqueo de gobierno son los cambios sociológicos y políticos que se están produciendo en las democracias de nuestro tiempo. En su dimensión sociológica, nos encontramos con sociedades con intereses cada más diversificados y fragmentados que se reflejan en un haz de reivindicaciones y necesidades mucho más complejo que aquel que era propio de las sociedades industriales clásicas, hasta hace muy poco tiempo. En el plano político, tal dinámica societaria tiene sus efectos en una diversificación creciente de las opiniones de los ciudadanos con su correspondiente plasmación en representaciones parlamentarias más diversas (multipartidismo creciente).

Incluso los países que se habían dotado de sistemas electorales mayoritarios para primar la agregación

de intereses en torno a grandes formaciones políticas, se están encontrando también con el problema de la complejización multipartidaria y la correspondiente fragmentación de sus parlamentos. El Reino Unido es bastante paradigmático de este cambio, habiéndose llegado a que el actual Parlamento sea prácticamente incapaz de llegar a una resolución definitiva sobre algo tan importante como el Brexit.

Más que imputar culpabilidades y propiciar la antipolítica, hay que buscar soluciones prácticas al peligro de los bloqueos políticos recurrentes.

En los países con sistemas de representación proporcional estas tendencias se reflejan de manera más acusada, habiendo acabado por resultar prácticamente imposible que un solo partido concite apoyos políticos y parlamentarios suficientes como para formar gobierno por sí solo. El ejemplo de Alemania es también bastante paradigmático de una deriva política de fragmentación, que los alemanes han intentado resolver mediante diversos tipos de coaliciones. Con el resultado de que prácticamente todos los partidos que han participado en dichas coaliciones han acabado quemados y abandonados por una parte apreciable de sus electores.

Se trata, pues, de tendencias políticas que pueden poner en cuestión la funcionalidad y el crédito de la propia democracia, en la medida que los *bloqueos políticos* se hagan recurrentes y resulte imposible formar gobiernos de mayoría.

La funcionalidad de la democracia en la era de las mayorías fragmentadas exige sustituir la lógica democrática de las mayorías absolutas por la de las mayorías relativas realmente existentes.

En contextos de esta naturaleza, el riesgo es que todo esto conduzca a crisis funcionales de la democracia acompañadas de una exaltación irresponsable de la *antipolítica*, como algunos alientan, no se sabe si como estrategia de comunicación negativa o como reacción impulsiva. Lo que puede acabar creando climas propicios para que aniden nuevamente los fascismos. Como ya ocurre en países europeos centrales, como Francia, Alemania, Italia, etc.

Las alternativas

Cuando se dan situaciones tan críticas como estas, la respuesta lógica por parte de los ciudadanos, de los comunicadores, de los analistas y de los líderes políticos debe ser analizar los problemas con objetividad, realizar los diagnósticos precisos, señalar la secuencia causal de los hechos e intentar aportar alternativas y soluciones capaces de atajar los problemas. Y no encontrarlos y elevarlos a la categoría de *antipolítica*, como están haciendo algunos, consciente o inconscientemente.

La disfuncionalidad y los desacoples existentes entre nuestros sistemas sociales y nuestros sistemas políticos están dando lugar a una imposibilidad práctica de que existan mayorías de intereses y de representaciones políticas suficientemente extensas como fueron las que sustentaron en su día a los partidos socialdemócratas, a los demócrata-cristianos, a los liberales o a los conservadores en diversos países y casos.

Por lo tanto, hay que pensar en alternativas de fondo, y no solo en soluciones transitorias que acabarán agotándose en el tiempo y desgastando a los que participan en ellas, como ocurre con las coaliciones heterogéneas de gobierno (toda coalición es por naturaleza heterogénea), o con las soluciones educadas, o "más liberales", que "permiten" gobernar al que más posibilidades y votos tiene. Por ello, habrá que revisar los textos constitucionales, planteando soluciones que sustituyan la vieja lógica de las mayorías absolutas por la lógica de las mayorías relativas. Lógica que, en realidad, es la que inspira la funcionalidad de la vida cotidiana de nuestras sociedades en los diferentes ámbitos de la vida en común, desde las asociaciones civiles, las comunidades de vecinos, las empresas, los grupos económicos, etc. Ámbitos que no quedan bloqueados por el hecho de que las decisiones no se adopten por mayoría absoluta.

Obviamente, también se puede pensar en otras soluciones para afrontar la funcionalidad de la democracia en la era de las mayorías fragmentadas, desde la modificación de las legislaciones electorales, bien sea estableciendo sistemas mayoritarios a una o doble vuelta (que siempre garantizan que al final hay un Presidente o un Gobierno de la minoría

mayoritaria), o bien con modelos de investidura de presidentes de gobierno con votaciones parlamentarias a doble vuelta. Algo que ya existe, por ejemplo, en los Estatutos del País Vasco y Asturias, en los que se asegura el nombramiento automático de un Presidente de Gobierno. Aunque no se garantiza que luego puedan aprobarse los presupuestos correspondientes y otras medidas de Gobierno.

En cualquier caso, para llegar a soluciones que permitan salir de los bloqueos políticos –y de todos sus riesgos añadidos– se necesitará no solo serenidad, rigor y capacidad de análisis para fijarse en lo central (recordemos el famoso proverbio chino sobre el dedo y la luna), sino también, y sobre todo, un espíritu de civildad que anteponga el interés

Y mientras se llega a soluciones efectivas, de fondo y de forma, ante las próximas elecciones del 10 de noviembre, de nada servirá efectuar manifestaciones personales de rabia y frustración dramatizadas, ni atizar las llamas inquisitoriales en la



general a las estrategias particulares de corto alcance. Todo ello orientado a intentar llegar a consensos que permitan reformar las leyes antes de que las disfunciones políticas nos enreden a todos en un torbellino de descalificaciones enconadas, agresividades pueriles y aproximaciones demagógicas y estériles ante la realidad.

Es decir, lo que necesitamos es capacidad para abordar los problemas del bloqueo político con la suficiente madurez intelectual y política. A corto y a medio plazo.

búsqueda de culpables y de *chivos expiatorios*, sino que lo único sensato es reaccionar con pragmatismo y con sentido de la utilidad de voto, concentrándonos en aquellos partidos que hoy por hoy pueden gobernar. Entre otras cosas para hacer posible que se adopten las medidas legislativas de fondo que permitan desbloquear la democracia. Lo cual es una manera de poner en manos de todos la decisión sobre las soluciones. ¿Alguien puede negar que esto es algo genuinamente democrático y participativo?

TEMAS